

estuviese allí dormida y olvidada desde la Edad Media.

La víspera, el sábado, habíamos ido á sentarnos á la sombra, Periquillo, Ives y yo, cerca de aquella ermita, en la hora de la gran calma del medio día.

Dos mujeres habían llegado: joven la una, la otra vieja y caduca. Llevaban el traje de Rosperden y parecía que hubieran caminado mucho. En las manos llevaban enormes llaves.

Eran para abrir el antiquísimo santuario, que permanece cerrado todo el año, y á fin de disponer el altar para la función del día siguiente.

A la media luz verde de los cristales y de los árboles las veíamos apresurarse alrededor de las imágenes, sacudirlas, limpiarlas y barrer después las losas llenas de polvo y de humedad.

Quien nos viese á Ives y á mí sentados en aquellos bosques, en medio de la calma de los hermosos días del estío, no podía imaginarse qué especie de jóvenes habíamos sido, qué vida habíamos llevado, ni qué terribles escenas habíamos habido entre nosotros, en otro tiempo, en los primeros instantes en que nuestras dos naturalezas, tan diferentes y tan semejantes, habían chocado una con la otra.

Todas las noches, durante la velada, que es corta, se juega con Periquillo á un juego de Toulven, que es muy entretenido, y consiste en coger los jugadores por la barba y recitar sin reirse una larga historia que comienza así: «Por la barba de Mineta te tengo. El primero de los dos que se ría, etc., etc.» En este juego Periquillo perdía siempre.

Después venía la *gimnástica*. Ives lograba que su hijo la hiciese volviéndole, dándole mil vueltas, la cabeza abajo, las piernas arriba... Cuando Ives, cansado de hacer diabluras, decía, arreglándose el pelo y la ropa, y adoptando su tono más serio: «Vamos: Periquillo ha terminado su *gimnástica* por ahora,» el niño viene á mí con esa sonrisa que hace que nada pueda negársele, y me dice: «Ahora te toca á ti, padrino;» y vuelven á comenzar los ejercicios.

C

El reloj inexorable sigue marchando; pasadas algunas horas voy á partir, y muy pronto también mi hermano Ives partirá: ambos muy lejos, á lo desconocido.

Es el último día; la última tarde. Ives, Periquillo y yo vamos á la cabaña de los Keremenen para despedirme de la abuela Mariana.

Ahora Mariana vive sola, bajo su techo lleno de musgo, bajo las enormes encinas formando bóveda. Pedro Kerbrás y Ana, que se han casado en la primavera, hacen labrar en la aldea una verdadera casa de piedra, como la de Ives. Todos los hijos han partido.

¡Pobre cabaña donde el día del bautizo se agitaban con alegría las cofias bretonas y las golas blancas! Todo aquello pasó; ahora está vacía y silenciosa. Nos sentamos en los antiguos bancos de encina y apoyamos los codos en la misma mesa donde se me había servido aquella ale-

gre comida. La abuela permanecía en un taburete, hilando en su rueca, con la cabeza baja: su aire es ya de caduca y algo trastornada.

Aunque el sol no está muy bajo todavía, aquí hay casi oscuridad. La abuela Mariana sólo habla en bretón. De vez en cuando Ives la dirige la palabra en aquella lengua del pasado; ella responde, sonríe como si la alegrase el verme; pero en seguida cesa la conversación y vuelve á reinar el silencio.

Tristeza vaga de la tarde al caer; meditación sobre tiempos lejanos en aquel hogar viejo, que pronto desaparecerá del borde del camino, que caerá en ruinas como los ancianos que lo habitaron, y que nadie levantará más.

Periquillo está con nosotros. Él también quiere mucho aquella choza, y á la pobre abuela, que le adora. Lo que le gusta más es la cuna de encina, obra de otro siglo, en la cual le pusieron cuando nació. Ahora se sirve de ella, sentándose dentro, como de un columpio, paseando en torno suyo sus ojos animados y despiertos. Entonces la abuelita, encorvada y sin fuerzas, se acerca al nieto y le mece para divertirle, entonando al mismo tiempo una antigua canción bretona, que hace á Periquillo reír á carcajadas.

De pronto Periquillo junta sus manos para rezar; es la oración de la tarde.

Palabra por palabra, con una voz muy dulce, que tiene mucho del acento de Toulven, repite, mirándose, todo lo que su abuelita sabe de francés.

—¡Dios mío, santa y buena Virgen mía, mi buena Santa Ana, os ruego por mi padre, por mi madre, por mi padrino, por mi abuela, por mi hermanita Ivonal...

—«Por mi tío Goulven, que está muy lejos, en el mar,» agregó Ives; y con voz grave y tono más recogido siguió: «por mi abuela de *Plouherzel*...»

—Por mi abuela de *Plouherzel*, respondió su hijo.

Después esperó otra cosa para repetirla, siempre con sus manitas cruzadas.

Pero Ives está casi llorando al triste recuerdo de su madre, de su cabaña, de su aldea de *Plouherzel*, que su hijo apenas conocerá, y que él acaso no vuelva á ver nunca. Tal es la vida para los hijos de la costa, para los marinos: se alejan; las leyes de su profesión del mar les separan de sus amados padres, que apenas saben escribirles y á los cuales no vuelven á ver más.

Adelanta la noche, y una tristeza inesperada, profunda, se apodera del corazón... Y sin embargo, somos dichosos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vol. 5625 "GUSTAVO FLAUBERT, MEMORIAS"

CI

Y los celtas echaban de menos tres piedras sin labrar, bajo un cielo lluvioso, en el fondo de un golfo lleno de islotes.

GUSTAVO FLAUBERT, *Salambó*.

Ives y yo salimos, dejando á Periquillo con la abuela. Vamos por el sendero verde, bajo la bóveda de grandes encinas y de hayas seculares, y oyendo desde lejos, en la sonoridad de la tarde, el ruido de la cuna antigua que se balancea, la canción de la abuelita y las carcajadas del niño.

Fuera es aún muy de día; el sol, bastante bajo ya, dora la tranquila campiña.

—Vamos otra vez, dice Ives, hasta la capilla de San Eloy.

Esta capilla se halla en lo alto de una colina; es antiquísima, roída por el musgo, erizada de líquenes, siempre sola, cerrada, misteriosa en medio de los bosques.

Solamente se abre una vez cada año; para la romería *de los caballos*, que vienen todos alrededor del santuario á la hora de una misa rezada que se dice por ellos. Esta romería se había verificado hacía muy poco tiempo: la hierba estaba todavía aplastada por los cascos de las caballerías que habían venido.

Esta tarde se advierte una tranquilidad extraña en las inmediaciones de la capilla.

Los verdes horizontes se extienden á lo lejos apaciblemente, como vencidos por el sueño; parece como si también fuese la tarde de nuestra vida y nada tuviéramos que hacer sino reposar en medio de aquel reposo eterno, mirando la noche que viene á extenderse sobre los campos de Bretaña y extinguir dulcemente nuestra vida en esta naturaleza que se duerme.

—Es igual, dijo Ives muy pensativo; creo que será en alguna parte, *por allá abajo* (*por allá abajo* significa Plouherzel); donde iré á parar cuando sea viejo para que me entierren cerca de la capilla de Kergrist, ¿sabe usted? aquella que le

enseñé á usted. Sí; estoy seguro de que iré *allá abajo* á morir.

—Ives, querido hermano mío, te aseguro que somos niños grandes. A menudo muy alegres, cuando no sería necesario, hemos aquí tristes y melancólicos por un momento de paz que casualmente ha brillado para nosotros; no sé si la falta de costumbre será bastante para excusar esta niñería.

Viéndonos, sin embargo, ¿quién dudaría de que somos capaces de soñar despiertos solamente porque cae la tarde y porque hay calma en estos bosques?

Piensa, pues; tenemos próximamente la misma edad, unos treinta y dos años: ante nosotros la vida puede ser muy larga todavía; habrá en ella viajes, peligros, angustias, y para cada uno de nosotros sol, entusiasmos, amor y... ¿quién sabe? Acaso entre nosotros choques, rebeliones y luchas.

Entonces Ives me respondió en un tono de reconvención triste:

—Al menos, usted lo sabe perfectamente, hermano mío, estoy completamente cambiado, y que hay *una cosa* que ha concluído definitivamente. ¿No es de eso de lo que quiere usted hablar?

Yo estreché cordialmente la mano de mi hermano Ives, y traté de sonreír como quien tiene absoluta y completa confianza.

Las historias de la vida real deberían concluir, á voluntad, como las historias de los libros.

FIN

